

LA PERDIZ GRIS.

A pesar de que Aldrovando, juzgando de los demas paises por el que él habitaba, sostenga que las perdices grises son comunes en todas partes, es muy cierto sin embargo que no las hay en la isla de Creta; y es probable además que nunca las ha habido en Grecia, supuesto que Ateneo parece que se sorprendió al ver que las perdices de Italia no tenían el pico encarnado como las de Grecia. Tampoco son igualmente comunes en todas las partes de Europa; y parece generalmente que huyen así del sumo calor como del excesivo frio, pues no se las vé en Africa ni en Laponia, y las provincias mas templadas de Francia y Alemania son las en que mas abundan. Es verdad que Botero ha dicho que no habia perdices en Irlanda; pero esto debe entenderse de las perdices encarnadas, que tampoco se encuentran en Inglaterra (segun los mejores autores de aquella nacion), y que no se han adelantado todavía por este lado mas allá de las islas de Jersey y Guernesey. La perdiz gris se halla bastante esparcida en Suecia, donde Lineo dice que pasa el invierno debajo de la nieve dentro de unas especies de gazaperas que tienen dos aberturas. Semejante modo de inventar se parece mucho al de la perdiz blanca, cuya historia hemos dado bajo el nombre de *lagópedo*; y si este hecho no se hallase atestiguado por un hombre de reputacion como Lineo, creyéramos que hay en ello alguna equivocacion, con tanto mayor motivo, quanto que en Francia los largos inviernos, y sobre todo aquellos en que cae mucha nieve, destruyen gran cantidad de perdices. En fin, como es ave muy pe-

sada, dudo que haya pasado á América; y aun sospecho que las aves del Nuevo Mundo que se han querido incluir en las perdices, quedarán separadas de ellas apenas se las conozca mejor.

La perdiz gris se diferencia bajo de muchos aspectos de la encarnada; pero lo que mas principalmente me autoriza para creerlas dos especies distintas, es que segun la advertencia de un corto número de cazadores que saben observar, aun quando se mantengan algunas veces en los mismos parages, no suelen mezclarse una con otra; y que si se ha visto algunas veces un macho vacante de una de las dos especies juntarse con una hembra de la otra especie, seguirla y darle pruebas de conato y aun de celos, jamás se le ha visto juntarse con ella por mas que espermentase todo quanto una privacion forzada y el espectáculo perpetuo de una pareja dichosa podrian añadir á la inclinacion de la naturaleza y á la influencia de la primavera.

La perdiz gris es igualmente de índole mas apacible que la encarnada, y no es difícil de domesticar: se familiariza fácilmente con el hombre quando no se la inquieta. No obstante, jamás se ha podido educarlas ni reunir las en manadas que se dejasen conducir, segun se hace con las perdices encarnadas; pues Olina nos advierte que de esta última especie debe entenderse lo que generalmante nos dicen los viajeros de aquellas numerosas manadas de perdices que se crian en algunas islas del Mediterráneo. Las perdices grises tienen tambien entre sí el instinto mas social, pues cada familia vive siempre reunida en una sola bandada que se llama *vuelo ó compañía*, hasta el tiempo en que el amor que la habia formado, la divide para unir mas estrechamente á sus miembros. Aun aquellas cuyas puestas se han desbaratado por un accidente, reuniéndose entre sí y á los restos de las compa-

ñas que mas han sufrido, forman á fines del verano otras nuevas bandadas mas numerosas á veces que las primeras, y que subsisten hasta el celo del siguiente año.

Estas aves habitan mucho en los paises donde hay trigo, y sobre todo en aquellos donde las tierras están bien cultivadas y margadas, sin duda porque encuentran en ellas mas abundante alimento, ya sea en granos, ya en insectos, ó quizás tambien porque las sales de la marga que tanto contribuyen á la fecundidad del suelo son análogas á su temperamento ó á su gusto. Las perdices grises gustan de la campiña llana, y solo se refugian en los cerros y viñedos cuando se ven acosadas por los cazadores ó por el ave de rapiña; pero jamás se meten en los bosques, y aun suele decirse que nunca pasan la noche en los matorrales ni en las viñas, á pesar de haberse hallado un nido en un matorral al pié de una cepa. Empiezan á aparearse á fines del invierno despues de las grandes heladas, es decir, que cada macho busca entonces una hembra; pero este nuevo arreglo no suele tener lugar sin que ocurran entre los machos, y aun á veces entre las hembras, combates muy animados. El hacer la guerra y el amor viene á ser lo mismo para la mayor parte de los animales, y sobre todo para aquellos en los cuales el amor es una necesidad tan poderosa como en la perdiz: así es, que las hembras de esta especie ponen sin haber mediado cópula con el macho, como sucede con las gallinas comunes. Luego que las perdices están apareadas ya no vuelven á dejarse y viven en una union y fidelidad á toda prueba: algunas veces si despues del celo sobrevienen frios penetrantes, todos estos pares se reunen y forman compañía.

Las perdices grises no suelen aparearse, por lo menos en Francia, hasta fines de marzo; mas de un mes despues que comenzaron á juntarse; y no co-

mienzan á poner hasta los meses de mayo y aun de junio, si el invierno ha sido largo. Por lo general hacen sus nidos sin gran cuidado ni preparativos, bastándole un poco de yerba y de paja, que arreglan toscamente dentro de la huella de un buey ó de un caballo. Se ha notado no obstante que las hembras de avanzada edad é instruidas ya por la esperiencia de las puestas precedentes, obraban con mayor precaucion que las jóvenes, bien sea para resguardar el nido de las aguas que pudieran sumergirlo, ó bien para ponerle en seguridad contra sus enemigos, escogiendo un parage algo elevado y defendido naturalmente por malezas. Por lo comun ponen de quince á veinte huevos, y á veces hasta veinte y cinco; pero las parvas de las jóvenes y las de las viejas son mucho menos numerosas, así como las segundas parvas que las perdices de edad conveniente emprenden de nuevo cuando la primera no ha salido bien. Estos huevos tienen casi el color de los de paloma: Plinio dice que son blancos. La incubacion suele durar unas tres semanas poco mas ó menos, segun el grado de calor.

La hembra se encarga por sí de empollar, y durante este tiempo experimenta una muda considerable, pues casi todas las plumas del vientre se le van cayendo: empolla con mucha asiduidad, y aun suponen que nunca deja sus huevos sin cubrirlos de hojas. El macho no suele apartarse de la vista del nido, observando á la hembra, y está siempre dispuesto á acompañarla cuando se levanta para ir en busca de alimento; siendo tan fiel y tan puro su afecto, que prefiere estos deberes penosos á los fáciles placeres á que le brindan los repetidos gritos de las demas perdices, á los que responde alguna vez, bien que sin abandonar jamás á su hembra. Al cabo de determinado tiempo, cuando la estacion es favorable y la nidada sigue bien, los polluelos rompen su cascara con

bastante facilidad, y corren en el mismo momento en que salen del huevo llevando á veces con ellos una parte de su cáscara; pero tambien suele suceder que no pudiendo forzar su prision, mueren estenuados, en cuyo caso suelen encontrarse las plumas de la ave-cilla pegadas á las paredes interiores del huevo; lo que debe necesariamente acontecer siempre que el huevo ha experimentado un excesivo calor. A fin de remediar este inconveniente, métense los huevos por espacio de cinco ó seis minutos en el agua, cuyas partes mas ténues se filtran por la cáscara, y aquella humedad dispone las plumas que están pegadas á la cáscara á desprenderse de ella con mas facilidad. Quizás esta especie de baño refresca un tanto á la ave-cilla dándole bastante fuerza para romper su cáscara con el pico. Lo mismo sucede con los palomos y probablemente con otras varias aves útiles, de las cuales podrá salvarse gran número con la operacion que acabamos de indicar, ó ya sea con otra análoga.

El macho que no ha tomado parte en el cuidado de empollar los huevos, participa tambien con la madre del de criar á los polluelos, conduciéndolos en comun, llamándolos sin cesar, mostrándoles el alimento que les conviene, y enseñándoles á buscarlo escarbando la tierra con sus uñas. Véseles á menudo agachados uno al lado del otro, y cubriendo con las alas á sus polluelos cuyas cabezas salen por todos los lados mostrando unos ojos muy vivos: en este caso el padre y la madre se resuelven dificilmente á marchar, y el cazador que desea la conservacion de la caza se determina mas dificilmente todavia á turbarles en medio de tan interesante funcion; pero si por fin llega un perro á desmandarse y se les acerca demasiado, el macho es el primero que huye, prorumpiendo en cierto grito particular y que está reservado para esta sola circunstancia. Se detiene á treinta ó

cuarenta pasos, y hasta se les ha visto varias veces volver sobre el perro batiendo sus alas: ¡tal es el valor que el amor paterno inspira á los mas tímidos animales! Algunas veces suele tambien inspirarles cierta prudencia y medios bien combinados para salvar á su parva; pues se ha visto al macho despues de haberse presentado, tomar la fuga, pero huir con pesadez y arrastrando el ala como si quisiera atraer al enemigo con la esperanza de facil presa, y huyendo siempre lo bastante para no ser cogido, aunque no lo suficiente para desanimar al cazador, separándolo mas y mas de la pollada: mientras que por otro lado la hembra, que marcha luego despues que el macho, se aleja mucho mas y siempre en otra direccion; apenas se ha parado cuando vuelve al instante corriendo á lo largo de los surcos, y se acerca á sus polluelos que se han agachado cada uno por su lado entre las yerbas y las hojas; reúnelos prontamente, y antes que el perro que ha ido en pos del macho haya tenido tiempo de volver, ya se los ha llevado muy lejos sin que el cazador haya oido el menor ruido. Es una observacion muy cierta por lo general entre los animales que el ardor que experimentan por el acto de la generacion es la medida de los cuidados que suelen tomarse por el resultado de este acto: todo es consecuente en la naturaleza, siendo un ejemplo de ello la perdiz; pues son pocos los animales tan lascivos como ella, al paso que son pocos los que cuidan sus polluelos con vigilancia tan asidua y animosa. Este amor por los hijos degenera algunas veces en furor contra las polladas estrañas que la madre suele perseguir y maltratar á picotazos.

Los perdigones tienen los pies amarillos cuando nacen; este color se aclara luego y se hace blanquizco, oscurecese despues, y por fin llega á ser enteramente negro en las perdices de tres ó cuatro años.

Este es el medio de saber siempre su edad, que tambien se conoce en la forma de la última pluma del ala, la cual es puntiaguda despues de la primera muda, y enteramente redonda al año siguiente.

El primer alimento cuando nacen que se dá á las perdices es el de huevos de hormiga, los insectillos que encuentran en la tierra y las yerbas: las que se crian en las casas rehusan el grano durante mucho tiempo, y segun parece este es su último alimento; pues á cualquier edad prefieren la lechuga, la escarola, la yerba cana, la cerraña, y aun las puntas del trigo verde, de cuyo alimento se les encuentra el buche lleno desde el mes de noviembre. Mientras el invierno, saben muy bien buscarlo debajo de la nieve; pero cuando esta se halla endurecida por la helada, no les queda más recurso que ir cerca de las fuentes termales que no están heladas, para vivir de las yerbas que crecen en sus orillas y que les son muy contrarias. En verano no se las ve beber.

Hasta que han pasado tres meses los perdigoncillos no empiezan á echar el color encarnado, color que tienen tambien las perdices grises al lado de las sienas entre el ojo y la oreja; y el momento en que este encarnado empieza á aparecer es el tiempo de crisis para estas aves, así como para las demas que se hallan en igual caso, y que anuncia la edad adulta: antes de este tiempo, son delicados, tienen muy poca ala, y temen mucho la humedad; pero así que ha pasado, se vuelven robustos, empiezan á tener ala, y á marcharse juntos para no dejarse más; y si se logra dispersar la compañía, saben llamarse y reunirse de nuevo, á pesar de las precauciones del cazador.

Nadie habrá que desconozca el desagradable canto de las perdices, que no es más que un grito que imita bastante bien el ruido de la sierra; lo que daría

sin duda motivo á los mitologistas para trasformar en perdiz al inventor de este instrumento. El canto del macho solo difiere del de la hembra por ser más fuerte y pesado: el macho se distingue tambien de la hembra por un espolon obtuso que tiene en cada pie, y por una señal negra en forma de herradura que se ve debajo de su vientre.

En esta especie, así como en otras muchas, nacen más machos que hembras, siendo conveniente para el buen éxito de las polladas el destruir los machos supernumerarios, que no hacen otra cosa que turbar las parejas arregladas y dañar á la propagacion. El modo de cogerlos que está más en uso es el de hacerlos llamar por la hembra en tiempo del celo, á lo que se dá el nombre de *reclamo*. La mejor para este uso es la que pudo cogerse vieja: los machos acuden á su voz, y se entregan á los cazadores dando en los lazos que se les han tendido. Este reclamo natural las atrae tan poderosamente, que se les ha visto venir sobre el techo de las casas, y hasta encima de la espalda del pajarero. Entre los lazos que pueden tenderseles, el más seguro y el que tiene menos inconvenientes es la red, especie de grande nasa, donde se ven impelidas las perdices por un hombre disfrazado imitando la figura de una vaca, quien para que la ilusion sea más completa, lleva en su mano uno de los cencerros que suelen colgarse al cuello del ganado: así que están enredadas en las redes, escoge con la mano los machos supérfluos, y aun á veces todos ellos, y dá libertad á las hembras.

Las perdices grises son aves sedentarias que no solo permanecen en el mismo país, si no que se separan lo menos que pueden del territorio donde han pasado su juventud, volviendo siempre á él: temen mucho á las aves de rapiña, de suerte que apenas han reparado en una de ellas se agachan unas encima de

otras y se sostienen con firmeza por mas que el ave, que no deja de verlas muy bien, se acerque á ellas rozando la tierra para hacer levantar alguna y cogerla al vuelo. En medio de tantos enemigos y peligros, ya es de suponer que serán pocas las que vivan todo el tiempo que pudieran: algunos fijan la duracion de su vida á siete años, y pretenden que la fuerza de la edad y el tiempo mas propicio para la puesta es de los dos á los tres años, y que á los seis ya dejan de poner. Olina dice que viven de doce á quince años.

Se ha probado con buca éxito el multiplicarlas en los parques para poblar las tierras donde no las habia, y se ha reconocido que podia criárselas poco mas ó menos del mismo modo que hemos dicho se criaban los faisanes. Sin embargo, no debe contarse con los huevos de las perdices domésticas, pues es muy raro que pongan en ese estado, y lo es mucho mas que se apareen y junten. Jamás se las ha visto empollar estando cautivas, estado en que se multiplican los faisanes con tanta facilidad. Así pues, no queda mas recurso que buscar en el campo huevos de perdices silvestres y hacerlos empollar por gallinas comunes, pudiendo cada una llevar á cabo hasta dos docenas y criar igual número de polluelos, los cuales seguirán á esta madre estraña del mismo modo que hubieran seguido á la propia; y aunque no reconozcan tanto su voz, una perdiz criada de este modo, conserva toda su vida el hábito de cantar así que oye las gallinas.

Para la cria de los perdigones grises no es necesario tanto cuidado como la de los encarnados, ni están tampoco sujetos á tantas enfermedades, á lo menos en nuestro pais, lo que daria á entender que este es su clima natural. Ni siquiera es necesario darles huevos de hormiga, y se les puede mantener como á los pollos comunes con migas, huevos duros, etc. Cuan-

do están bastante robustos y empiezan á hallar por si mismos su subsistencia, se los suelta en el mismo parage donde se les ha criado, y del cual, segun llevo dicho, no suelen alejarse mucho.

La carne de la perdiz gris es conocida hace mucho tiempo por un alimento no menos esquisito que saludable, pues tiene la buena calidad que rara vez se encuentra, de ser sustanciosa sin parecer crasa. Estas aves tienen veinte y dos pennas en cada ala, y diez y ocho en la cola, y las cuatro de en medio son del mismo color que las del dorso.

Las aberturas de las narices que se presentan en la base del pico, están cubiertas hasta mas de su mitad por un opérculo del mismo color que el pico, aunque de sustancia mas blanda como en las gallinas. El espacio sin plumas que se nota entre el ojo y la oreja, es de un encarnado mas vivo en el macho que en la hembra.

El tubo intestinal tendrá como dos pies y medio de largo, y los dos ciegos de cinco á seis pulgadas cada uno. El buche es muy pequeño, y la molleja se encuentra llena de casquijos mezclados con el alimento, como suele suceder en los granívoros.

LA PERDIZ GRIS-BLANCA.

Esta perdiz la conoció Aristóteles y la observó Escaligero, supuesto que hablan ambos de perdices blancas, sin que pueda sospecharse que ni uno ni otro hayan querido hablar del lagópedo, que algunos han llamado así sin razon; pues por lo que respecta á Aristóteles, no podia tener á la vista el lagópedo,

que es desconocido en Grecia, en Asia y en los demás países con los cuales estaba en correspondencia, y lo que más lo prueba es que nunca ha hablado de la propiedad característica de esta ave, que consiste en tener los pies velludos hasta debajo de los dedos; y en cuanto á Escaligero, no pudo confundir estas dos especies, supuesto que en el mismo capítulo en que habla de la perdiz blanca, que dice haber comido, lo hace muy latamente del *lagopus* de Plinio, que tiene los pies cubiertos de plumas, y que es nuestro verdadero lagópedo.

En cuanto a lo demás, falta mucho para que la perdiz gris-blanca lo sea tanto como el lagópedo; pues solo el fondo de su plumage es de este color, distinguiéndose sobre este fondo blanco las mismas manchas que en la perdiz gris, y distribuidas con el mismo orden. Pero lo que más acaba de demostrar que esta diferencia en el color del plumage no es sino una alteración accidental, ó una variedad propiamente dicha, es que según los naturalistas, y también según los cazadores, suele mezclarse é ir en compañía de aquella. Un amigo mio ha visto una bandada de diez ó doce que eran enteramente blancas, y las vió también mezclarse con las grises en tiempo del celo; esas perdices blancas tenían los ojos ó más bien las niñas encarnadas, como los conejos blancos, los ratones del mismo color, y otros animales; y el pico y los pies de color aplomado.

LA PEQUEÑA PERDIZ GRIS.

Doy este nombre á la perdiz de Damasco de Aldrovando, que es probablemente la misma que la pequeña perdiz de paso que aparece de tiempo en tiempo en diferentes provincias de Francia.

No solo se diferencia de la perdiz gris por su talla, que es constantemente más pequeña, si que también por su pico que es más largo, por el color amarillo de sus pies, y sobre todo por el hábito que tiene de mudar de país y de viajar. A veces se las vé en la Bria y en otras partes pasar en bandadas muy numerosas y seguir su camino sin detenerse. Un cazador de los alrededores de Montbard, que cazaba con el reclamo, en el mes de marzo último (1770) distinguió un vuelo de ellas de ciento cincuenta ó doscientas, el cual pareció desviarse atraído por el grito del reclamo, aunque al siguiente día ya había desaparecido enteramente. Este solo hecho, que es muy cierto, demuestra tanto las relaciones como las diferencias que existen entre estas dos perdices: digo las relaciones, en cuanto esas perdices extrañas fueron atraídas por el canto de una perdiz gris; y las diferencias, en cuanto atravesaron tan rápidamente un país que conviene á las perdices grises, y hasta á las encarnadas, supuesto que unas y otras permanecen en él durante todo el año. Estas diferencias suponen asimismo otro instinto, y por consiguiente otra organización, ó por lo menos otra raza.

No debemos confundir la perdiz de Damasco ó de Siria con el *syro perdix* de Eliano que se encontraba en los alrededores de Antioquia, el cual tenía el plumage negro, el pico de color leonado, la carne más compacta y de gusto más exquisito, y la índole más silvestre que las demás perdices; pues los colores, según se vé, no tienen relación entre sí, á más de que Eliano nada dice de que su *syro perdix* sea ave de paso, y aun añade como una singularidad que comía piedras, lo que suele no obstante ser muy común á los granívoros. Refiere Escaligero, como testigo ocular, un hecho bastante raro que tiene conexión con este, y es que en un territorio de la Gascuña donde el terre-

no es muy arenoso, la carne de las perdices estaba llena de cierta cantidad de granitos de arena muy incómodos.

LAS PERDICES ENCARNADAS.

LA PERDIZ GRIEGA.

Todo cuanto han dicho los antiguos de la perdiz tiene relacion con las perdices encarnadas, y principalmente la llamada perdiz griega. Aristóteles debía conocer mejor que otro alguno esta perdiz, y tal vez no podía conocer mas que las encarnadas, por ser estas las únicas que se encuentran en Grecia y en las islas del Mediterráneo, y segun todas las apariencias, en la parte del Asia conquistada por Alejandro, la cual se halla casi situada bajo el mismo clima que la Grecia y el Mediterráneo, y era cabalmente aquella en que Aristóteles tenia sus principales correspondencias. En cuanto á los naturalistas posteriores, tales como Plinio, Ateneo, etc., vése claramente que aun cuando conocieran en Italia otras perdices que las encarnadas, se han contentado con copiar lo que Aristóteles habia dicho de las encarnadas, y si bien es verdad que este último reconoce una diferencia en la especie; pues la diversidad del canto depende muchas veces de la de la edad y del sexo; fuera de que, acaece algunas veces en el mismo individuo, y puede ser muy bien efecto de alguna causa particular, así como de la influencia del clima segun los mismos antiguos, supuesto que

Ateneo pretende que las perdices que pasaban del Atica á la Beocia, se reconocian por la diversidad del grito. Teofrasto, que nota tambien algunas variedades en la voz de las perdices segun los paises en donde habitan, asegura que no todas ellas son de diferentes especies, supuesto que habla de sus diversas voces en el libro *De varia voce avium ejusdem generis*.

Examinando lo que los antiguos han dicho ó repetido de esta ave, he hallado muchísimos hechos verdaderos y observaciones exactas mezclados con exageracion y fábulas, de las cuales se han burlado algunos modernos, y cuyo fundamento me propongo buscar en los hábitos é indole de la perdiz.

Despues de haber asegurado Aristóteles que es ave escarbadora ó pulveratriz, que tiene un buche, una molleja y los ciegos muy pequeños, que vive mas de quince años; y á imitacion de las demas aves que tienen el vuelo pesado no construye nido, sino que pone sus huevos en tierra llana, sobre un poco de yerba ó de hojas arregladas sin cuidado, aunque en lugar bien dispuesto y defendido contra las aves de rapiña; que en esta especie, muy lasciva, los machos riñen entre sí con encarnizamiento durante la estacion del amor, y tienen entonces los testiculos muy aparentes, mientras que apenas son visibles en invierno; que las hembras ponen huevos sin haber tenido cópula con el macho; que el macho y la hembra se juntan abriendo el pico y sacando la lengua; que su puesta ordinaria es de doce á quince huevos, y los ponen á veces con tanta prisa que los colocan en cualquier lugar donde se encuentren. Aristóteles mismo, como digo, despues de haber referido estas cosas, á la verdad incontestables y confirmadas por el testimonio de nuestros observadores, añade otras varias circunstancias en que lo cierto parece estar mezclado con lo

falso; pero basta analizarlo todo para deducir lo que realmente haya de cierto.

Asegura en primer lugar que las perdices hembras deponen la mayor parte de sus huevos en lugar escondido, para resguardarlos de la inclinacion que tiene el macho á destruirlos, porque los considera como un obstáculo á sus placeres. Willughby ha considerado todo esto como una fabula, aunque á mi entender con harta severidad, supuesto que distinguiendo lo fisico de lo moral y separando el hecho observado de la intencion supuesta, lo que Aristóteles ha dicho es cierto, y se reduce á que la perdiz tiene, como casi todas las demas aves hembras, el instinto de esconder su nido; y que los machos, señaladamente los supernumerarios, procurando juntarse en el tiempo de la incubacion, han causado mas de una vez notables perjuicios á la cria sin mas intencion que la de gozar de la clueta: este es el motivo porque en todos tiempos se ha recomendado la destruccion de estos machos supernumerarios como uno de los medios mas eficaces para favorecer la multiplicacion de la especie, no solo de perdices, sino tambien de otros varios animales silvestres.

Dice tambien Aristóteles, en segundo lugar, que la perdiz hembra divide los huevos de una sola puesta en dos crias, encargándose ella de la una y el macho de la otra, hasta el fin de entrambas, lo que está en contradiccion con el instinto que él supone en el macho, de procurar romper los huevos; pero conciliando al mismo Aristóteles con la verdad, puede decirse que como la perdiz hembra no pone todos sus huevos en el mismo parage supuesto que se le escapan muchas veces á su pesar por do quiera que se encuentre, y como el macho participa segun parece en esta especie, ó por lo menos en algunas razas de la misma, del cuidado de criar á los polluelos, habrá

podido creerse tal vez que cuidaba tambien de la incubacion y que empollaba aparte todos los huevos que no se hallaban debajo de la hembra.

Añade Aristóteles, en tercer lugar, que los machos se gallean unos á otros, y aun tambien que gallean á sus polluelos así que se hallan en estado de andar; cuyo aserto se ha tenido por un absurdo, no obstante haber podido citar mas de un ejemplo verídico de este exceso de la naturaleza, en fuerza del cual un macho se sirve de otro macho y aun de cualquiera otra cosa de la misma suerte que de una hembra. Este desorden debe tener lugar, con mayor razon, entre unas aves tan lascivas como las perdices, cuyos machos cuando están muy ardientes, no pueden oír el grito de sus hembras sin derramarse, y se enagenan y embriagan de tal modo en la estacion del amor, que á pesar de su esquividad natural llegan algunas veces á pararse hasta sobre el pajarero. ¿Y cuanto mas vivo no debe ser su ardor en un clima tan cálido como el de Grecia, cuando se hallan privados por largo tiempo de las hembras como sucede en el tiempo de la incubacion?

Dice Aristóteles, en cuarto lugar, que las perdices hembras conciben y producen huevos cuando se hallan bajo el aire de sus machos ó cuando estos les pasan por encima al vuelo, y hasta cuando oyen su voz; lo que ha dado lugar á que se ridiculizasen las palabras del filósofo griego, como si se entendiese por ellas que una corriente de aire impregnado por los corpúsculos fecundantes del macho, puestos tan solo en vibracion por el sonido de su voz, bastase para fecundar realmente á una hembra. La verdadera significacion de aquellas palabras es, que teniendo las perdices hembras un temperamento bastante cálido para producir huevos sin cópula con el macho, segun lo he notado mas arriba, todo cuanto puede escitar

su temperamento debe aumentar mas y mas en ellas aquel poder; sin que pueda alegarse que lo que les anuncia la presencia del macho no pueda y no deba tener este efecto, el cual por otra parte es quizás producido por un simple medio mecánico que Aristóteles no enseña: ó por la sola frotacion que ellas experimentan revolcándose en el polvo.

Por estos hechos fácilmente se concibe que por mas pasion que tenga la perdiz por empollar, la supera algunas veces la de gozar, y que en ciertos casos preferiria el placer de juntarse con su macho al deber de dar vida á sus pollucos: tambien puede suceder que deje la pollada por amor á la misma: lo que pudiera tener lugar cuando viendo al macho muy atento á la voz de otra perdiz que lo llama, y pronto á ir á su encuentro, vá á ofrecerse á sus deseos, á fin de prevenir una inconstancia que podria ser nociva á la familia, sin que en ello tenga mas objeto que asegurar su fidelidad.

Eliano ha dicho tambien que cuando se queria hacer combatir á los machos con mas ardor, se hacia en presencia de sus hembras; por cuanto un macho, añade, quisiera mas bien morir que mostrarse cobarde en presencia de su hembra, ó que presentarse delante de ella despues de vencido. Aquí nos hallamos tambien en el caso de separar el hecho de la intencion: no hay duda que la presencia de la hembra provoca á los machos al combate, no porque inspire en ellos cierto pundonor, pero sí porque les exalta los celos, que en los animales están casi siempre en proporcion con la necesidad de gozar, la cual hemos visto cuan poderosa es en las perdices.

Distinguiendo pues lo fisico de lo moral, y los hechos reales de las suposiciones, la verdad se encuentra muchas veces desfigurada en la historia de los animales, tanto por las ficciones del hombre

como por su manía de atribuir á todos los demas seres su propia naturaleza y su modo de ver y de sentir.

Como las perdices griegas tienen muchas circunstancias comunes con las grises, bastará para concluir su historia demostrar las principales diferencias que las distinguen. Belon, que habia viajado por su país natal, nos dice que su tamaño es doble del de nuestras perdices, que son muy comunes y mas todavía que ninguna otra ave en la Grecia, las islas Cieladas, y principalmente en las costas de la isla de Creta (hoy Candia); que cantan en el tiempo del amor, y que pronuncian á poca diferencia la palabra *chacapis*. De esta formacion hicieron sin duda los latinos la palabra *cucabare* para espresar su grito; lo que tal vez haya tenido alguna influencia sobre la formacion de los nombres *cubesi cubata cubeth*, etc, por los cuales se ha designado á la perdiz encarnada en las Indias Orientales.

El conocimiento que ha llegado á tenerse de su indole ha aprovechado para atraerlos al lazo, ya sea presentándoles una hembra hácia la cual acuden con ardorosa lascivia, ya sea presentándoles un macho sobre el cual se arrojan para combatirle, y hasta se ha llegado á sacar partido del encono de los machos entre sí para hacer de ello un espectáculo en que estos animales, que por lo comun son tan tímidos y pacíficos, pelean entre sí con el mayor encarnizamiento, no dejando de escitárseles á veces, segun he dicho, con la presencia de sus hembras. Este uso es todavía muy comun en el dia en la isla de Chipre; y tambien vemos en Lampridio que el emperador Alejandro Severo se divertia mucho con ese género de combate.